

## La edad de bronce en Mesopotamia como una era cosmopolita

Publicación original

*Old World: Journal of Ancient Africa and Eurasia*, vol. 3, n° 1 (2023), págs. 1-12.

MARC VAN DE MIEROOP<sup>1</sup>



El término “edad de bronce” se usa menos en los estudios sobre Mesopotamia que en aquellos estudios que tratan de otras regiones del Medio Oriente, como Siria y el Levante, o de otras culturas tempranas de la historia global. La diferencia procede de la abundancia de las fuentes textuales producidas en Mesopotamia. Allí se inventó la escritura al comienzo de la edad de bronce, alrededor del año 3400 a.C.; para el final de esa era, alrededor del año 1200 a.C., ya tenía un uso bastante extendido. Una documentación tan rica nos permite periodizar la historia sobre la base de criterios políticos, incluyendo dinastías específicas a partir de mediados del tercer milenio antes de Cristo. Por tanto (a manera de ejemplo), hablamos del periodo Ur III (siglo XXI a.C.) y del periodo casita (entre los siglos XVI y XII a.C.) de la historia babilonia. En cambio, en las regiones con culturas prelitterarias o donde la información textual es muy escasa o está muy difusa como para permitir una clara periodización política, los estudiosos tienden a usar más el término “edad de bronce”. En estudios sobre el Medio Oriente, las discusiones sobre el Levante, por ejemplo, dependen usualmente de este término para establecer límites cronológicos, y en ellas se usan criterios arqueológicos para dividir el periodo: alta, media y baja edad de bronce, cada una con sus subdivisiones (I, II, IIA, IIB, etcétera). Además, tanto en el estudio del

Traducción al castellano por Julio Mario Monterroza Morelo. Revisión de la traducción: Daniel Styven López Nivia.

<sup>1</sup> Director del Centro para el Antiguo Mediterráneo y profesor de historia en la plaza Miriam Champion de la Universidad de Columbia.

Medio Oriente como en otros estudios, el término “edad de bronce” indica no solo un periodo cronológico, sino un concepto que dio forma a varios aspectos de las culturas antiguas en general. Hay estudios sobre la economía de la edad de bronce, sobre la cultura palaciega de la edad de bronce, sobre las estructuras sociales de la edad de bronce, y así sucesivamente.<sup>2</sup> Puede uno argumentar, claro que sí, que esto se hace *faute de mieux*, pero aun así tenemos que preguntarnos si un elemento de la cultura material puede determinar la naturaleza de un periodo histórico en todos sus aspectos.<sup>3</sup>

El tema sobre el cual trataré aquí muestra, de hecho, de qué manera difiere la situación de la edad de bronce de la del Eneolítico antes de ella y de la de la edad de hierro después en el campo de la alta cultura letrada, es decir, en los escritos literarios y académicos. Mientras que, por un lado, el Eneolítico no tenía lectoescritura aún y, por definición, no había una cultura escrita, el uso de las lenguas y de los sistemas de escritura en el Medio Oriente difirió radicalmente, por otro lado, entre las edades de bronce y de hierro: como mostraré aquí, el uso casi universal del sistema de escritura cuneiforme que transmitía la lengua babilonia fue reemplazado por una miríada de lenguas locales escritas con sus propios sistemas de escritura, en su mayoría alfabéticos. Esto no significa que diferencias parecidas no puedan verse en otros aspectos de la vida, incluso otros aspectos de la esfera cultural, y no puedo evaluar aquí si ocurrieron situaciones similares en las edades de bronce de otras culturas del globo. Además, es difícil encontrar una explicación para este fenómeno, aunque la naturaleza del comercio mesopotámico durante la edad de bronce puede haber sido un factor.

La cultura de lectoescritura en Mesopotamia es una cultura cuneiforme, un término que cubre más que simplemente el tipo de sistema de escritura usado. Es una tradición que utiliza un medio de escritura con sus características específicas: los signos son logosilábicos y están impresos sobre arcilla o tallados, cincelados, o grabados a golpes sobre piedra, metal u otros materiales parecidos. Este sistema fue inventado o usado muy rápidamente para escribir con él dos lenguas habladas en la región desde que ese sistema se creó en Babilonia: el sumerio y el acadio. El desarrollo del sistema de escritura coincidió con el inicio de la edad de bronce en Mesopotamia, y es claro que varios cambios radicales en la sociedad coincidieron con la introducción de nuevas tecnologías en las áreas del levantamiento de registros y de la metalurgia. La cada vez mayor complejidad de las transacciones económicas exigía un nuevo tipo de registro, y para este propósito se inventó la escritura cuneiforme. El cuneiforme es un sistema de escritura, no una lengua, y, como tal, puede usarse para representar cualquier lengua. Ciertamente, este fue el caso a lo largo de la longeva vida de este sistema de escritura,

<sup>2</sup> Algunos ejemplos de esto son Timothy Earle, *Bronze Age Economics: The Beginnings of Political Economics* (Boulder: Westview Press, 2002); Robin Hägg & Nanno Marinatos (eds.), *The Function of the Minoan Palaces* (Estocolmo: Svenska Institutet i Athen, 1987); y David J. Schloen, *The House of the Father as Fact and Symbol. Patrimonialism in Ugarit and the Ancient Near East* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2001).

<sup>3</sup> Para una discusión acerca de la manera en que la actual periodización de la historia del antiguo Medio Oriente es problemática, véanse Marc van de Mieroop, “On Writing a History of the Ancient Near East”, en *Bibliotheca Orientalis*, n.º 54 (1997), págs. 285-305; y Marc van de Mieroop, *The Practice of Ancient Near Eastern History* (Münster: Ugarit-Verlag, 2022), cap. 1.

desde finales del milenio IV a.C. hasta los primeros siglos después de Cristo. A todo lo largo del Medio Oriente, varias lenguas de varias familias lingüísticas se escribieron usándolo: el acadio semítico, el amorreo y el ugarítico, entre otros; el hitita indoeuropeo; y una diversidad de lenguas que es difícil ubicar en familias lingüísticas como el sumerio, el elamita y el hurrita u hórreo, entre otras. Se han encontrado tabletas de arcilla que tienen inscripciones en cuneiforme en los actuales países de Iraq, Irán, Armenia, Turquía, Siria, Líbano, Israel, Palestina, Jordania, Bahrein y Egipto. Sin embargo, como sabe todo estudiante que alguna vez ha ido a tomar clases de cualquiera de estas lenguas, el sumerio y el acadio son por lejos las lenguas más comunes en estas tablillas, y constituyen la base de muchas de las características de este sistema de escritura. Junto con el hecho de que este sistema de escritura fue inventado en Babilonia, esto ha llevado a la imagen actualmente estandarizada de la cultura letrada mesopotámica: que fue una creación babilonia después recogida por completo en Asiria, y que inspiró a muchas gentes que vivían en las periferias de Mesopotamia. Estos últimos eran estudiantes, frecuentemente pobres.<sup>4</sup> Se dice, pues, que la creatividad era el dominio de los babilonios y la imitación era el de los sirios, iraníes, anatolios y demás que a veces se describen como grupos con dificultades para trabajar con materiales en lenguas extranjeras. Como si se creyera que para la historia de la cultura letrada mesopotámica de la edad de bronce es indiferente si alguien de fuera de Mesopotamia ha tenido o no relación alguna vez con esa cultura.

Esta falsa imagen niega a los escritores de la así llamada periferia el rol que les pertenece en la creación y preservación de la literatura babilonia. La literatura mesopotámica de la edad de bronce era una amalgama, igual que lo era la aleación misma del bronce que tanto se usaba en aquella época. La cultura letrada de la edad de bronce mesopotámica era una cultura cosmopolita, en que personas de varias regiones a través de diversas fronteras políticas y con distintos trasfondos culturales compartían prácticas e ideales comunes. Es fácil malinterpretar las culturas cosmopolitas y pensar que estaban dominadas por un núcleo acompañado de contribuciones periféricas; lo cierto es que eran culturas transnacionales y comunales. “Cosmopolitismo” es un término multifacético que se ha sometido a muchas investigaciones y debates académicos en las últimas décadas. Supuestamente acuñado por Diógenes de Sinope en el siglo IV a.C., aplica a los “ciudadanos del mundo” y a su identidad en términos legales, económicos, sociales, políticos y culturales.<sup>5</sup> Mi uso del término en este caso es mucho más restringido: trata solo de la alta cultura letrada y está bastante inspirado en la obra de Sheldon Pollock, que estudió las culturas letradas sánscrita y latina durante el milenio I d.C.<sup>6</sup> Hay

<sup>4</sup> Véase Yoram Cohen, “Kidin-Gula: The Foreign Teacher at the Emar Scribal School”, en *Revue d'assyriologie*, n.º 98 (2004), págs. 81-100.

<sup>5</sup> La literatura sobre todos estos aspectos del cosmopolitismo es enorme. Para una muy útil revisión reciente de estos elementos, véase Bruce Robbins & Paulo Lemos Horta, “Introduction”, en B. Robbins & P. L. Horta (eds.), *Cosmopolitanisms* (Nueva York: New York University Press, 2017), págs. 1-18.

<sup>6</sup> Sus estudios culminaron en el siguiente libro: Sheldon Pollock, *The Languages of the Gods in the World of Man. Sanskrit, Culture and Power in Premodern India* (Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California Press, 2006).

muchos casos en la historia universal en que intelectuales de una amplia área geográfica y hablantes nativos de diversas lenguas usan solo una lengua para ciertos tipos de escritura, tal como en la cosmópolis latina en la antigüedad, o como en la cosmópolis angloparlante en la actualidad. Cuando hablamos de esas cosmópolis, no sugerimos que la creatividad fuera trabajo exclusivo de los latinos del pasado ni de los británicos y estadounidenses del presente. En los encuentros académicos actuales, el inglés es casi siempre la lengua que permite la comunicación incluso aunque ninguno de los participantes sea un hablante nativo de esta lengua. Desde el 2014, los contendientes de premios literarios como el Premio Booker ya no tienen que ser exclusivamente ciudadanos de la Commonwealth, sino que pueden ser autores de cualquier lugar que escriban sus novelas en inglés. En el futuro, asumo, todas estas contribuciones serán consideradas parte de la cultura cosmopolita angloparlante. En la edad de bronce, ocurrió lo mismo con la alta cultura letrada babilonia.

La cultura letrada babilonia –que incluye toda la producción textual que exceda el género de los escritos con practicidad inmediata; es decir, la literatura y la erudición en todas sus formas–<sup>7</sup> es presentada usualmente como una tradición continua, un flujo en constante desarrollo. Cuando uno ve la historia como formada por una composición, es fácil que esto parezca cierto. Una característica crucial de los textos mesopotámicos es que nunca están estandarizados, característica esta que encuentra un parecido en eso que los estudiosos de la literatura medieval europea llaman *mouvance*.<sup>8</sup> Así, pues, podríamos escribir historias de un milenio sobre obras eruditas u obras literarias que cambian constantemente en la elaboración, adición o eliminación de ciertos fragmentos, en la elaboración de nuevos fraseos distintos de los originales por poco o por mucho, y en todo tipo de manipulaciones diversas de los textos.<sup>9</sup> Sin embargo, esto da la idea de que hay cierta continuidad de evidencia manuscrita disponible a nuestro análisis. Esta imagen es falsa. En realidad, debemos saltar de isla a isla, de un

<sup>7</sup> Esta amplia definición de literatura es común en los estudios sobre la antigua Mesopotamia. Véase, por ejemplo, Alan Lenzi, *An Introduction to Akkadian Literature: Contexts and Content* (University Park: Eisenbrauns, 2019).

<sup>8</sup> El término *mouvance* fue acuñado por Paul Zumthor en su libro *Toward a Medieval Poetics* (Mineápolis y Oxford: University of Minnesota Press, 1992), págs. 41-49, y también en su versión original en francés, titulada *Essai de poétique médiévale*. El término inglés de “inestabilidad textual” es menos elocuente. Hay muchas discusiones entre los especialistas en literatura mesopotámica sobre si las composiciones llegaron a volverse “canónicas” en el sentido usado al hablar de la Biblia hebrea, es decir, si se convirtieron en composiciones imposibles de cambiar incluso en sus detalles. Eckart Frahm, en *Babylonian and Assyrian Text Commentaries. Origins of Interpretation* (Münster: Ugarit Verlag, 2011), págs. 317-332, ofrece una discusión matizada sobre este asunto, y, pese a que encuentra una uniformidad en aumento a finales del segundo milenio a.C., admite que siguieron produciéndose variantes a lo largo del primer milenio a.C.

<sup>9</sup> Por ejemplo, se han escrito varias historias de la *Épica de Gilgamesh* desde que el texto se recuperó, y la aparición de nuevas versiones hace que la narración se complejice más con regularidad. Véanse, por ejemplo, los recuentos de A. R. George, *The Babylonian Gilgamesh Epic. Introduction, Critical Edition and Cuneiform Texts* (Oxford: Oxford University Press, 2003), capítulo 1; y A. R. George, “Gilgamesh and the Literary Traditions of Ancient Mesopotamia, en G. Leick (ed.), *The Babylonian World* (Nueva York y Londres: Routledge, 2007), págs. 237-254. Hoy, estos recuentos tendrían que ser actualizados.

manuscrito al siguiente, frecuentemente distanciados entre sí por brechas temporales sustanciales.<sup>10</sup>

Aun así, la naturaleza del manuscrito mesopotámico como objeto material es tal que dichas brechas debieron alguna vez estar ocupadas por materiales ahora perdidos. Los manuscritos cuneiformes son tablillas de arcilla en su mayoría sin hornear y, por tanto, bastante frágiles al ser dejadas a la intemperie. La razón por la cual muchas de ellas han sobrevivido hasta nuestros días es el hecho de que estaban reunidas en las ruinas de los edificios que las albergaron en su momento, y que a veces se hornearon en las conflagraciones que destruyeron esos mismos edificios. Hay un pequeño número de referencias en que algunos escribas afirman que basaron sus copias sobre algún manuscrito más antiguo que fuera encontrado en los escombros de un edificio;<sup>11</sup> comoquiera, la longevidad de los textos mesopotámicos no puede ser explicada sin una constante producción de manuscritos. Es un hecho muy bien conocido que las ciudades mesopotámicas que fungieron como centros de producción literaria estuvieron desocupadas durante varios periodos de tiempo. Ese es el caso de los más grandes centros de aprendizaje de Babilonia. Después del año 1700 a.C., el sur de Babilonia, un mundo muy urbanizado, se ruralizó, y para el año 1600 a.C. lo propio había ocurrido también en el norte de Babilonia. Grandes centros culturales, como Nippur y Ur, nunca fueron abandonados por completo, pero los arqueólogos tienen periodos de siglos en que han encontrado solo muy pocos restos, y con toda seguridad ninguna obra de alta cultura literaria.<sup>12</sup> Pese a ello, la cultura letrada de Babilonia no murió, y muchas de las obras del milenio I a.C. que conocemos son versiones de ítems que conocemos de comienzos del milenio II a.C.

La *Épica de Gilgamesh* es un buen ejemplo. Es probable que la versión acadia de esta historia se haya originado en el siglo XVIII a.C.: existen muchos manuscritos de esta producidos en Babilonia durante ese siglo, y muestran claras conexiones con la versión mejor conocida, la que fue descubierta en la famosa biblioteca de Asurbanipal en Nínive, producida un milenio después.<sup>13</sup> Sin embargo, los años intermedios entre las dos cuentan una historia distinta. La épica en cuestión se conoce a través de un puñado de fuentes mesopotámicas de Babilonia, pero estas son pocas en número, y proceden máximo del siglo XIII a.C. No obstante, lo que sí podemos encontrar es una sorprendente extensión geográfica de las copias de esta épica hacia el norte y hacia el occidente. Las versiones halladas en Hattusa, Anatolia (todas ellas fragmentarias), aparecen en acadio acompañadas de traducciones o paráfrasis en las lenguas locales, el hitita y hurrita. En el norte de Siria, las versiones acadias aparecen en varias

<sup>10</sup> Para esta metáfora, véase Niek Veldhuis, "Intellectual History and Assyriology", en *Journal of Ancient Near Eastern History*, vol. 1, n.º 1 (2014), págs. 21-36.

<sup>11</sup> Matthew T. Rutz, "Threads for Esagil-kīn-apli. The Medical Diagnostic-Prognostic Series in Middle Babylonian Nippur", en *Zeitschrift für Assyriologie*, n.º 101 (2011), pág. 296.

<sup>12</sup> Hermann Gasche, *La Babylonie au 17e siècle avant notre ère* (Ghent: University of Ghent, 1989).

<sup>13</sup> En la academia moderna, la última versión se conoce rutinariamente como versión babilonia estándar de la *Épica de Gilgamesh*. George, *The Babylonian Gilgamesh Epic* incluye una identificación y edición de todos los manuscritos de la épica conocidos en su momento. Para los manuscritos publicados después del 2003, véase Sophus Helle, *Gilgamesh: A New Translation of the Ancient Epic* (New Haven: Yale University Press, 2021), pág. 224, nota 62.

ciudades (Emar, Ugarit), y se encontró un manuscrito en el sur del Levante (Meggido). Estos manuscritos son parte de un gran florecimiento de la literatura mesopotámica a lo largo del Medio Oriente durante finales de la edad de bronce. Como lo he mencionado antes, este asunto suele describirse en términos de centro-periferia, puesto que se considera que los autores babilonios fueron la fuerza creativa mientras que los escribas de la periferia fueron sus estudiantes. Sin embargo, los materiales de Hattusa sugieren un escenario distinto. El mero hecho de que los autores locales hayan compuesto traducciones y paráfrasis de la épica en hitita y en hurrita muestra que se relacionaban activamente con las fuentes babilonias. Sus obras no fueron imitaciones en una lengua local, sino reformulaciones serias de los materiales. En las traducciones hititas, estos autores modificaron aspectos de la historia para así ajustarse mejor al gusto local. Se concentraron en fragmentos de la épica que tuvieron lugar cerca de ellos, en Amanus o en las montañas Taurus, en lugar de haber ocurrido en Babilonia. Alteraron los hechos, como, por ejemplo, los relativos al momento y las circunstancias en que nació Gilgamesh: este no era el hijo de la diosa Ninsun y el gobernante humano Lugalbanda, sino que fue creado por un comité de dioses, incluido entre ellos el dios Sol y el dios Tormenta, que no tenían nada que ver con la creación en los mitos de Babilonia pero que eran importantes para el panteón hitita. En su versión, Gilgamesh no nació en Uruk, esa ciudad sureña que jugaba un papel tan importante en la narración babilonia, sino que apenas había llegado a esa ciudad después de recorrer la región. El autor (o los autores) de Hattusa puede (o pueden) incluso haber reformulado la mala conducta sexual de Gilgamesh. Este pasaría de haber ejercido su derecho de señorío aprobado por las divinidades a participar en secreto de encuentros ilícitos con jóvenes prometidas.<sup>14</sup>

Otra versión “periférica” de esta épica proveniente de finales de la edad de bronce es la que fue excavada en la costa siria, en la ciudad de Ugarit. Está en lengua acadia, data del siglo XIII a.C., y es solo una de las muchas versiones que se conocen provenientes de esta ciudad. El aspecto notable de esta es que nos ofrece la evidencia más temprana de un prólogo añadido a la épica, en algún momento de los comienzos del segundo milenio a.C. La versión más temprana empezaba con una glorificación del héroe, “el que sobrepasa a todos los reyes”; las versiones más tardías lo alaban como un hombre que adquirió gran sabiduría como resultado de las aventuras descritas en la épica. La versión del prólogo de Ugarit no va en paralelo con el prólogo de la versión babilonia estándar hallada en detalle en la biblioteca de Asurbanipal, pero sí en su enfoque general. La autoría del prólogo de la versión babilonia estándar se le atribuye habitualmente a Sin-lēqe-unninni, cuyo nombre se asocia, en la tradición del primer milenio a.C., con el famoso íncipit de la épica: “Aquél que vio lo profundo, la fundación del país”.<sup>15</sup> Sin-lēqe-unninni es un personaje misterioso; sin embargo, se lo invoca mucho en las

<sup>14</sup> Todo el material puede hallarse editado y analizado en profundidad en Gary Beckman, *The Hittite Gilgamesh* (Atlanta: The Lockwood Press, 2019).

<sup>15</sup> Para una discusión detallada sobre Sin-lēqe-unninni y su conexión con el íncipit y el prólogo, véase George, *The Babylonian Gilgamesh Epic*, págs. 28-33. Los contenidos de las versiones estándar babilonia y la de Ugarit se comparan en A. R. George, “The Gilgamesh Epic at Ugarit”, en *Aula Orientalis*, vol. 225, n.º 2 (2007), págs. 237-254.

fuentes mesopotámicas del primer milenio a.C. como ancestro de los cantores de los cultos y de otros intelectuales, y se lo pone junto a Gilgamesh en cierta lista de reyes y estudiosos del siglo II a.C.<sup>16</sup> Puede que se trate de un personaje puramente legendario, pero la mayoría de los estudiosos modernos piensan que vivió en Babilonia en alguno de los últimos siglos del segundo milenio a.C.<sup>17</sup> Su posición cronológica sigue siendo ambigua y, si esta teoría es correcta, debería tomarse como previa a la escritura del texto de Ugarit, que data del siglo XIII a.C. Tanto Daniel Arnaud, su editor original (a quien le parece un escrito elegante), como A. R. George, uno de los principales expertos en el *Gilgamesh* (que se muestra menos impresionado por el estilo), consideran que el manuscrito de Ugarit es obra de un estudiante. Los dos basaron su veredicto sobre la presencia de varios errores en el deletreo de las palabras, y el último se basó también en el hecho de que el escritor, contra la práctica común de entonces, escribió sin llenar en su totalidad el espacio de la tablilla.<sup>18</sup> Sin embargo, he de preguntar: ¿un estudiante de quién? Los dos autores asumen que la obra de Ugarit es una imitación de alguna fuente babilonia ahora perdida, tal vez incluso alguna compuesta por el mismo Sin-lêqe-unninni, y que es inferior en calidad a esa fuente perdida. Afirman que el texto babilonio llegó a Ugarit ora básicamente intacto, ora algo adulterado por los cambios introducidos en sus paradas intermedias.<sup>19</sup> Pero ¿por qué, en lugar de esto, no podemos atribuirle la obra a un autor no-babilonio, que no sea necesariamente un escritor de Ugarit sino un poeta de cualquier parte del mundo del Medio Oriente que fuera muy versado en la literatura babilonia de su época? La calificación de ejercicio estudiantil, tantas veces usada para designar los manuscritos “periféricos”, sugiere la existencia de un maestro babilonio. ¿Es posible que el maestro haya sido sirio o anatolio? Sabemos de un ejemplo, en la ciudad siria de Emar, en que el maestro era un hitita, mientras que su estudiante tenía un nombre babilonio.<sup>20</sup> El origen babilonio de cada una de las innovaciones introducidas en la composición literaria corresponde a una conjetura.

Un aspecto maravilloso de la *Épica de Gilgamesh* es que circularon de ella una docena o más de versiones a lo largo de los milenios. ¡Esas son solo las que nos son conocidas! Mientras que la edición babilonia estándar es la mejor preservada y la que consideramos como superior, sabemos que, durante los siglos previos a la compilación de la biblioteca de Asurbanipal, existieron distintas versiones de esta incluso en Asiria.<sup>21</sup> Es sorprendente hasta qué punto pueden ser sustanciales las desviaciones que hay en estas versiones. Como ya he mencionado,

<sup>16</sup> Acerca de esta lista, véase Sophus Helle, “The Role of Authors in the ‘Uruk List of Kings and Sages’: Canonization and Cultural Contact”, en *Journal of Near Eastern Studies*, n.º 77 (2018), págs. 219-234.

<sup>17</sup> Véase Paul-Alain Beaulieu, “The Descendants of Sin-lêqi-unninni”, en J. Marzahn & H. Neumann (eds.), *Assyriologica et Semitica: Festschrift für Joachim Oelsner* (Münster: Ugarit Verlag, 2000), págs. 3-4.

<sup>18</sup> Véanse Daniel Arnaud, *Corpus des textes de bibliothèque de Ras Shamra-Ugarit (1936-2000) en sumérien, babylonien et assyrien* (Barcelona: Editorial Ausa, 2007), pág. 130; y George, “Gilgameš at Ugarit”, pág. 238.

<sup>19</sup> A Arnaud (*Corpus des textes*, pág. 8) le parece que esta transmite la versión de Sin-lêqe-unninni; George (“Gilgameš en Ugarit”, págs. 44-46) encuentra muchas discrepancias.

<sup>20</sup> Mark Weeden, “Adapting to New Contexts: Cuneiform in Anatolia”, en K. Radner & E. Robson (eds.), *The Oxford Handbook of Cuneiform Culture* (Oxford: Oxford University Press, 2011), págs. 602-603.

<sup>21</sup> George, *The Babylonian Gilgamesh Epic*, pág. 25.

los escritores de Hattusa tenían el objetivo de hacer que el texto coincidiera con la audiencia del occidente del Medio Oriente, y lo hacían concentrándose en las aventuras de Gilgamesh que se habían llevado a cabo en esa región. Los cambios más drásticos parecen estar presentes en los manuscritos publicados más recientemente, correspondientes a antigüedades saqueadas y, por tanto, sin proveniencia conocida y de fecha incierta, aunque probablemente vienen del sur de Iraq y fueron escritos a mediados del segundo milenio a.C. El autor de esa versión cambió muchos personajes, así como la ubicación de la historia. En esta versión, Gilgamesh se convierte en el dios Sin, Enkidu en el dios Enki, y la ciudad de Ur reemplaza a la ciudad de Uruk. Según escribe el editor de la tablilla: “al menos un estudioso antiguo reinterpretó el poema a una escala cósmica, como una narración mitológica con protagonistas divinos”.<sup>22</sup> Esta es una reformulación radical de la historia por parte de alguien que vivió cuando los centros dominantes de la literatura y la intelectualidad babilonias estaban más o menos abandonados. Las ideas de este autor no parecen haber encontrado arraigo: todas las versiones posteriores de la épica usan los antiguos protagonistas, aunque, al hacerlo, siguen estableciendo una relación entre Gilgamesh y Ur hasta entrado el primer milenio a.C.<sup>23</sup> Eso no significa que ninguna de las así llamadas “alteraciones periféricas” de estos textos haya tenido algún impacto en Babilonia. En algunos de los manuscritos del gran tratado de astronomía titulado *Enūma Anu Enlil* que están datados a finales del segundo milenio a.C., se reconoce abiertamente que la base de estos son fuentes originales desarrolladas en la región occidental de Irán.<sup>24</sup> No hay razón para asumir que ninguna otra obra en sus versiones conocidas durante el primer milenio a.C. haya incluido elementos insertados en ellas por escritores venidos de fuera de Babilonia.

La edad de bronce tardía puede ser vista como un punto de auge en la historia de la cultura letrada mesopotámica, como un momento en que un grupo verdaderamente cosmopolita de escritores venidos de todo el Medio Oriente la desarrollaron. La abundancia de manuscritos no babilonios contrasta fuertemente con la escasez de materiales babilonios.<sup>25</sup> La *Épica de Gilgamesh* es solo una de las muchas obras de literatura y de academia que pueden encontrarse a través de todo el Medio Oriente de la edad de bronce.<sup>26</sup> Todas muestran un relacionamiento activo e informado con distintos materiales, relaciones estas que requerían de los autores que conocieran a profundidad tanto sus propias lenguas y tradiciones como las lenguas y tradiciones sumero-acadias. Por ejemplo, en textos lexicales, dichos autores añadían

<sup>22</sup> A. R. George, “The Civilizing of Ea-Enkidu: An Unusual Tablet of the Babylonian Gilgameš Epic”, en *Revue d'assyriologie*, n.º 101 (2007), págs. 59-80. La cita es de la página 62.

<sup>23</sup> George, “Civilizing Ea-Enkidu”, pág. 62.

<sup>24</sup> Véanse Matthew T. Rutz, “Textual Transmission between Babylonia and Susa: A New Solar Omen Compendium”, en *Journal of Cuneiform Studies*, n.º 58 (2006), págs. 63-96; y Antoine Cavigneaux, “Les Traditions littéraires sumero-akkadiennes à Suse. Fragments littéraires susiens (suite)”, en *Revue d'assyriologie*, n.º 114 (2020), pág. 70.

<sup>25</sup> La evidencia babilonia es escasa. Esto se señala en Benjamin R. Foster, *Before the Muses. An Anthology of Akkadian Literature* (Bethesda: CDL Press, 2005), pág. 294.

<sup>26</sup> Para un catálogo completo de los materiales conocidos hasta su momento, véase Leonhard Sassmannshausen, “Babylonische Schriftkultur des 2. Jahrtausends v. Chr. in den Nachbarländern und im östlichen Mittelmeerraum”, en *Aula Orientalis*, n.º 26 (2008), págs. 263-293.



traducciones a sus propias lenguas: hay traducciones al hitita y al hurrita entre los hititas, y hay traducciones al ugarítico y al hurrita en la costa de Siria. Estas prácticas llegaron a su punto más álgido durante finales de la edad de bronce, es decir, durante la segunda mitad del segundo milenio a.C., un periodo bastante conocido por su así llamado “internacionalismo”. Cuando miramos los usos de la escritura cuneiforme en la temprana edad de bronce, así como en la media edad de bronce, encontramos también un relacionamiento similar de los autores externos a Babilonia con los materiales babilonios. Las primeras listas lexicográficas bilingües son del occidente de Siria, con entradas en la lengua local (el eblaíta) añadidas a las entradas en sumerio que solemos ver en las versiones babilonias.<sup>27</sup> Por poner un ejemplo, hay una historia excepcional sobre Sargón, el famoso rey babilonio de mediados del tercer milenio a.C., que data de comienzos del segundo milenio a.C. y proviene del centro de Anatolia.<sup>28</sup> Durante este periodo, hay otros muchos ejemplos de interacciones creativas con los materiales previos, y, aunque uno puede aceptar que la “fuente de inspiración” de todas estas obras haya sido Babilonia, y que, por tanto, llamarlas “babilonias” tiene sentido, sostengo que la cultura literaria de la época era esencialmente cosmopolita e incluía un gran influjo de individuos de la “periferia”, por fuera del “núcleo” babilónico. Las contribuciones de la periferia crecieron con el tiempo, llegando a su punto álgido a finales de la edad de bronce, y fueron esenciales para la formulación de la cultura letrada babilonia del momento en que mejor la conocemos, la del primer milenio, que nos ha sido legada a través de grandiosas bibliotecas como la de Asurbanipal, en Nínive.

Tal vez resulte irónico que haya sido en esa época del primer milenio a.C., en que las potencias asiria y babilonia tenían el control militar y político de la mayoría de la extensión territorial del Medio Oriente, que este cosmopolitismo llegara a su fin. Siguió habiendo una inmensa actividad literaria bajo los auspicios de los palacios y templos mesopotámicos, pero esa actividad se limitó solo a los territorios del núcleo político. Obviamente, los hombres de armas y los administradores imperiales no son necesariamente buenos transmisores de la cultura, y ni hablar de la cultura literaria, pero sorprende que, en el antiguo Medio Oriente, allí donde la influencia mesopotámica había dominado el panorama cultural por siglos antes de que las potencias políticas de Asiria y Babilonia llegaran en su expansión, dicho impacto cultural se haya discontinuado o no haya pasado por un renacimiento justo en el momento en que se estableció su control directo. En el sur de Anatolia, en Siria y en el Levante, nadie volvió a escribir en cuneiforme sin una fuerte conexión con la administración imperial; definitivamente, en estas regiones no se volvió a producir literatura. Los autores creativos de esas regiones se relacionaron con varios escritos en cuneiforme, pero lo hicieron usando sus lenguas vernáculas y escribiéndolas principalmente con sistemas alfabéticos. La Biblia hebrea es el mejor ejemplo, y sobre ella se han producido bibliotecas enteras de estudios que tratan

<sup>27</sup> Giovanni Pettinato, *Testi lessicvali bilingui della biblioteca L. 2769* (Nápoles: Istituto universitario orientale, 1982).

<sup>28</sup> Marc van de Mieroop, “Sargon of Agade and his Successors in Anatolia”, en *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, n.º 42 (2000), págs. 133-159.

sobre la interacción entre esta y los textos mesopotámicos.<sup>29</sup> Sin embargo, los autores bíblicos no estaban solos en esto; también hicieron lo mismo varios autores hablantes de arameo y luvio, así como de otras lenguas. Estos autores conocían las prácticas de las culturas literarias mesopotámicas, pero no participaban de ellas.

Esta situación diverge mucho de la de la edad de bronce, en que las potencias babilonia y asiria ejecutaron apenas algunas distantes aventuras militares, pero jamás instalaron sistemas de control duraderos. La extensión del sistema cosmopolita babilonio no se llevó a cabo sobre las espaldas de las conquistas imperiales, como sí es el caso del latino, que fue el resultado de la ocupación del occidente de Europa por parte de Roma, o del inglés, que empezó cuando el Imperio Británico estableció sus colonias alrededor del mundo. El impacto literario de Babilonia precedió a sus aventuras militares a través del Medio Oriente. Tampoco fue el resultado de la difusión de una religión, tal como ocurrió con los sistemas cosmopolitas de la literatura en sánscrito y en árabe: las citas de los textos religiosos muestran que uno se dirigía a los dioses del antiguo Medio Oriente en varias lenguas vernáculas. Entonces, ¿qué causó esta expansión? ¿Podemos conectarla con la necesidad de Mesopotamia de interactuar con otras regiones durante la edad de bronce? No solo había que importar cobre y estaño, sino todo un abanico de productos. Sin embargo, Mesopotamia no establecía contactos comerciales para obtener productos de primera necesidad, sino artículos especiales como metales y piedras preciosas. Estos cubrían las necesidades de una clase de élite cuyos miembros se distinguían a sí mismos del resto de la población mediante la posesión de bienes raros y caros. El inicio de la edad de bronce en Babilonia no estuvo marcado solo por las innovaciones tecnológicas como la producción del bronce o la invención de la escritura, sino también por innovaciones sociales, como el crecimiento de las élites urbanas, cuyo consumo de bienes extranjeros de lujo era un signo de distinción. Por ejemplo, los hallazgos del “cementerio real” de Ur muestran de forma muy impactante hasta qué punto un pequeño grupo de personas podía acumular masas de objetos preciosos, todos ellos hechos de materiales adquiridos en el extranjero.<sup>30</sup> ¿Es, pues, una coincidencia que la alta cultura letrada, también ella un producto de la élite, involucrara también una interacción estrecha con la gente de fuera? En la subsiguiente edad de hierro, las élites mesopotámicas obtendrían los bienes de lujo por otros medios: la principal fuente de estos eran las campañas militares. Así pues, ¿estuvieron conectados, en la edad de bronce, el comercio con el intercambio de la cultura literaria? En cualquier caso, aunque el término “edad de bronce” pueda tener muy poco valor para el estudio de la historia del antiguo Medio Oriente en otros aspectos de la vida, sí lo tiene para el

<sup>29</sup> En los cuatro volúmenes de William W. Hallo & K. Lawson Younger (eds.), *The Context of Scriptures* (Leiden: Brill, 2003-2016) se identificaron cientos de paralelos entre los textos mesopotámicos y los textos bíblicos.

<sup>30</sup> Para la conexión entre el deseo de adquirir productos extranjeros y el crecimiento de una élite, véanse Marc van de Mieroop, “In Search of Prestige: Foreign Contacts and the Rise of an Elite in Early Dynastic Babylonia”, en E. Ehrenberg (ed.), *Leaving No Stones Unturned: Essays on the Ancient Near East and Egypt in Honor of Donald P. Hansen* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2002), págs. 125-137; y Van de Mieroop, *The Practice*, cap. 20.

estudio de la alta cultura literaria: es un hecho que hubo una literatura de la edad de bronce del Medio Oriente.

### Referencias

Daniel ARNAUD, *Corpus des textes de bibliothèque de Ras Shamra-Ugarit (1936-2000) en sumérien, babylonien et assyrien* (Barcelona: Editorial AUSA, 2007).

Paul-Alain BEAULIEU, “The Descendants of Sîn-lēqi-unninni”, en J. Marzahn & H. Neumann (eds.), *Assyriologica et Semitica: Festschrift für Joachim Oelsner* (Münster: Ugarit Verlag, 2000), págs. 1-16.

Gary BECKMAN, *The Hittite Gilgamesh* (Atlanta: The Lockwood Press, 2019).

Antoine CAVIGNEAUX, “Les Traditions littéraires suméro-akkadiennes à Suse. Fragments littéraires susiens (suite)”, en *Revue d’assyriologie*, n.º 114 (2020), págs. 63-102.

Yoram COHEN, “Kidin-Gula: The Foreign Teacher at the Emar Scribal School”, en *Revue d’assyriologie*, n.º 98 (2004), págs. 81-100.

97

Timothy EARLE, *Bronze Age Economics: The Beginnings of Political Economics* (Boulder: Westview Press, 2002).

Benjamin R. FOSTER, *Before the Muses. An Anthology of Akkadian Literature* (Bethesda: CDL Press, 2005).

Eckart FRAHM, *Babylonian and Assyrian Text Commentaries. Origins of Interpretation* (Münster: Ugarit Verlag, 2011).

Hermann GASCHE, *La Babylonie au 17e siècle avant notre ère* (Ghent: University of Ghent, 1989).

A. R. GEORGE, *The Babylonian Gilgamesh Epic. Introduction, Critical Edition and Cuneiform Texts* (Oxford: Oxford University Press, 2003).

A. R. GEORGE, “Gilgamesh and the Literary Traditions of Ancient Mesopotamia”, en G. Leick (ed.), *The Babylonian World* (Nueva York y Londres: Routledge, 2007), págs. 447-459.

A. R. GEORGE, “The Gilgameš Epic at Ugarit”, en *Aula Orientalis*, vol. 25, n.º 2 (2007), págs. 237-254.

A. R. GEORGE, “The Civilizing of Ea-Enkidu: an Unusual Tablet of the Babylonian Gilgameš Epic”, en *Revue d’assyriologie*, n.º 101 (2007), págs. 59-80.

Robin HÄGG & Nanno Marinatos (eds.), *The Function of the Minoan Palaces* (Estocolmo: Svenska Institutet i Athen, 1987).

William W. HALLO & K. Lawson Younger (eds.), *The Context of Scriptures*, 4 vols. (Leiden: Brill, 2003-2016).

Sophus HELLE, “The Role of Authors in the ‘Uruk List of Kings and Sages’: Canonization and Cultural Contact”, en *Journal of Near Eastern Studies*, n.º 77 (2018), págs. 219-234.

Sophus HELLE, *Gilgamesh: a New Translation of the Ancient Epic* (New Haven: Yale University Press, 2021).

Alan LENZI, *An Introduction to Akkadian Literature: Contexts and Content* (University Park: Eisenbrauns, 2019).

Giovanni PETTINATO, *Testi lessicali bilingui della biblioteca L. 2769* (Nápoles: Istituto universitario orientale, 1982)

Sheldon POLLOCK, *The Languages of the Gods in the World of Man. Sanskrit, Culture and Power in Premodern India* (Berkeley, Los Ángeles y Londres: University of California Press, 2006).

Bruce ROBBINS & Paulo Lemos Horta, “Introduction”, en B. Robbins & P. L. Horta (eds.), *Cosmopolitanisms* (Nueva York: New York University Press, 2017), págs. 1-18.

Matthew T. RUTZ, “Textual Transmission between Babylonia and Susa: A New Solar Omen Compendium”, en *Journal of Cuneiform Studies*, n.º 58 (2006), págs. 63-96.

Matthew T. RUTZ, “Threads for Esagil-kīn-apli. The Medical Diagnostic-Prognostic Series in Middle Babylonian Nippur”, en *Zeitschrift für Assyriologie*, n.º 101 (2011), págs. 294-308.

Leonhard SASSMANNSHAUSEN, “Babylonische Schriftkultur des 2. Jahrtausends v. Chr. in den Nachbarländern und im östlichen Mittelmeerraum”, en *Aula Orientales*, n.º 26 (2008), págs. 263-293.

David J. SCHLOEN, *The House of the Father as Fact and Symbol. Patrimonialism in Ugarit and the Ancient Near East* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2001).

Marc VAN DE MIEROOP, “On Writing a History of the Ancient Near East”, en *Bibliotheca Orientalis*, n.º 54 (1997), págs. 285-305.

Marc VAN DE MIEROOP, “Sargon of Agade and his Successors in Anatolia”, en *Studi Micenei ed Egeo-Anatolici*, n.º 42 (2000), págs. 133-159.

Marc VAN DE MIEROOP, “In Search of Prestige: Foreign Contacts and the Rise of an Elite in Early Dynastic Babylonia”, en E. Ehrenberg (ed.), *Leaving No Stones Unturned: Essays on*

*the Ancient Near East and Egypt in Honor of Donald P. Hansen* (Winona Lake: Eisenbrauns, 2002), págs. 125-137.

Marc VAN DE MIEROOP, *The Practice of Ancient Near Eastern History* (Münster: Ugarit-Verlag, 2022).

Niek VELDHUIS, “Intellectual History and Assyriology”, en *Journal of Ancient Near Eastern History*, vol. 1, n.º 1 (2014), págs. 21-36

Mark WEEDEN, “Adapting to New Contexts: Cuneiform in Anatolia”, en K. Radner & E. Robson (eds.), *The Oxford Handbook of Cuneiform Culture* (Oxford: Oxford University Press, 2011), págs. 597-617.

Paul ZUMTHOR, *Toward a Medieval Poetics [Essai de poétique médiévale]* (Minneapolis y Oxford: University of Minnesota Press, 1992).